

La construcción de la región¹

Leopoldo Trejo Barrientos²

Bartolomé, M., (2005) “La tierra de la diversidad: relaciones interétnicas y procesos identitarios en Oaxaca” en Bartolomé, M. (Ed.), *Visiones de la diversidad. Relaciones interétnicas e identidades indígenas en el México actual*, Vol. II, pp. 59-140. México, INAH.

El Programa Nacional de Etnografía de las Regiones Indígenas de México (PNERIM) lleva en el nombre la penitencia. Etnografía, región e indígena son conceptos cuya diversidad de usos invita a la evasión antes que al debate. ¿Qué etnografía, qué tipos de regiones y de qué indígenas hemos intentado dar cuenta? Tras veinte años de trabajo y una diversidad de productos, la o las respuestas no se alcanzarán revisando el conjunto de la obra colectiva como si fuera una unidad, sino analizando la manera en que autores específicos respondieron, explícita o tácitamente, a algunas de estas interrogantes en determinadas circunstancias.

En el *Atlas etnográfico. Los pueblos indígenas de Oaxaca*, por ejemplo, Alicia Barabas, Miguel Bartolomé y Benjamín Maldonado afirman que “El estado de Oaxaca es una de las regiones de mayor diversidad en lo ecológico y en lo cultural (Barabas, Bartolomé y Maldonado, 2003: 11)”.³ Dos años después, Miguel Bartolomé, coordinador de la obra colectiva *Visiones de la diversidad. Relaciones interétnicas e identidades indígenas en el México actual*, en su introducción comenta: “Este segundo volumen de la serie se refiere a los pueblos indígenas del sur y sureste de México, sin pretender definirla como un área geográfica o cultural, pero sí a partir del reconocimiento de que se trata de una región donde se registra la mayor densidad demográfica de las poblaciones étnicas nativas” (Bartolomé 2005a: 22).⁴

Pasamos de Oaxaca-región al Sursureste-región (Guerrero, Oaxaca, Chiapas, Yucatán, Campeche, Quintana Roo, Tabasco y quizá el sur de Veracruz y Morelos). No hace falta hacer una revisión bibliográfica para caer en cuenta de que lo mismo en antropología que en cualquier otra disciplina, una vez que abandonamos los lugares, las comunidades o las localidades, prácticamente cualquier recorte geográfico puede ser considerado como una región.

En este contexto de uso, la región no es un concepto, sino una noción cuya función es ubicar en el espacio un área a partir de diferentes criterios de delimitación. Si el principio de definición es la concentración de diversidad étnica indígena, por ejemplo, tanto Oaxaca como el Sursureste mexicano califican como regiones (en ambos casos las fronteras políticas juegan un rol central).⁵ Sería ocioso limitarnos a describir la flexibilidad de la noción, sobre todo porque la mayoría de nosotros la adaptamos al problema que abordamos; en mi caso, por ejemplo, he hablado lo mismo de la región del Istmo de Tehuantepec que de los Chimalapas.

Sin embargo, tan pronto como intentamos poner en armonía a esta noción con los conceptos de etnografía e indígena, la región exige un uso conceptual y un ancla escalar. En el ensayo que reseño, Miguel Bartolomé inicia así: “Es muy común destacar que Oaxaca es sinónimo de pluralidad cultural, pero mucho menos común es tratar de entender cómo ha funcionado y funciona dicha pluralidad en un ámbito signado por la asimetría de las relaciones interétnicas” (Bartolomé 2005b: 61).⁶

Miguel Bartolomé se caracteriza por la atención en la formulación, acotación y uso de los conceptos. Por ello, cuando caracteriza al estado de Oaxaca como ámbito es pertinente detenernos a imaginar qué hay detrás. En el *Atlas etnográfico*, la entidad política es descrita como región (noción) porque

¹ Reseña del Equipo Regional Oaxaca coordinado por María del Carmen Castillo y Leopoldo Trejo dentro de la línea de investigación “Las regiones indígenas a prueba de la etnografía” (2018) del Programa Nacional de Etnografía de las Regiones Indígenas de México (PNERIM) del Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH).

² Profesor investigador del Museo Nacional de Antropología (MNA). Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH). Correo de contacto: leopoldo_trejo@inah.gob.mx

³ Negritas del autor.

⁴ Negritas del autor.

⁵ En los breves extractos que Carmen Viqueira recupera de Pablo Vidal de la Blanche, fundador de la geografía humana en Francia, podemos constatar que la región se aplica lo mismo a Francia que a otros segmentos de ella sin aparente contradicción (cfr. Viqueira, 2001: 22-25).

⁶ Negritas del autor.



Santa Margarita Huitepec. Santa Margarita Huitepec, Oaxaca, 18 de diciembre de 2006. Autora de la foto: María del Carmen Castillo.

lo que se busca es contrastarla con el resto de las entidades federativas —regiones— de la República Mexicana. No hay que perder de vista, sin embargo, que la *región* es un término relacional que convoca a otras unidades espaciales (el sureste mexicano supone al noroeste y viceversa).

Cómo ámbito —espacio físico o ideal delimitado—, Oaxaca es igualmente resultado de diferentes circunstancias históricas producto de un sinnúmero de configuraciones locales, regionales, interestatales y nacionales, cuya interacción se ve plasmada en el trazo irregular y caprichoso que sobre el territorio nacional siguen sus fronteras políticas. No obstante, a diferencia de la noción de *región*, que supone un criterio base para su definición (histórica, geográfica, económica, fisiográfica, política, etc.), la generalidad y apertura del ámbito tienen la virtud de dejar a un lado el problema de los límites. Por otro lado, al no ser un término de relación, el ámbito autoriza a prescindir de cualquier referencia, explícita o implícita, a otras unidades territoriales homólogas o mayores. En síntesis, el ámbito postula un universo autocontenido con criterios de delimitación ambiguos.

Usada para caracterizar a Oaxaca, el ámbito abraza a las fronteras políticas sin convertirlas en un factor determinante, permitiendo poner en el mismo plano de importancia a procesos nacidos de las políticas estatales —el reconocimiento constitucional de las formas de gobierno indígena, por ejemplo— con aquellos de larga duración histórica relativamente ajenos a las coyunturas políticas —el ritual, la cosmovisión, etcétera—. Gracias a su ambigüedad, el ámbito oaxaqueño es menos problemático que la región de Oaxaca, pero, sobre todo, tiene la virtud de permitir anclar a la región en una escala susceptible de estudio etnográfico.

La pluralidad lingüística, cultural, geográfica y ecológica del ámbito oaxaqueño amenazan con desbordarlo. Como

unidad de análisis es una entidad no susceptible de estudiarse etnográficamente, pero sí antropológicamente. Esto explica la reducción del trabajo etnográfico a su mínima expresión, por un lado; y el recurso al variopinto universo monográfico producido en la entidad y al “inasible presente etnográfico” (*Ibid.*: 63), por el otro. Si concedemos que la diferencia entre etnografía y antropología —que a decir de Dan Sperber es radical (1991)— puede ser pensada a partir del principio del filósofo neoplatónico Porfirio de Tiro —“a mayor comprensión menor extensión y viceversa”—, el postulado del ámbito oaxaqueño aspira a una “visión panorámica” y generalizante que, inevitablemente, reducirá la diversidad a tipos y sistemas.⁷

De ahí la pertinencia de revisar cómo construyó Miguel Bartolomé su ensayo y cuáles fueron algunas de las soluciones que puso en marcha para intentar conciliar su lectura antropológica de Oaxaca con el quehacer etnográfico *strictu sensu*. El ensayo consta de cinco apartados con una clara secuencia escalár. Los dos primeros tienen como objetivo caracterizar a los actores principales de los contextos interétnicos en Oaxaca: el indio en el espacio de la comunidad, por un lado; y el no indio residente en las metrópolis regionales, por el otro.

En ambos casos la estrategia consistió en formular prototipos de diferentes escalas a partir de diversas fuentes etnográficas, desarrollando específicas problemáticas para cada uno de ellos. La diferencia de escala entre los actores forzó estrategias distintas que, en lo general, podemos pensar como la abstracción de los índices étnicos de la comunidad, por un lado; y la puesta en contexto de una relación interétnica constante propia de los sistemas regionales, por el otro.

Frente a las miles de comunidades indígenas que dan cuerpo a los 15 grupos etnolingüísticos oaxaqueños, Bartolomé tomó una ruta similar a la de Vladimir Propp (1999) para el cuento maravilloso ruso, haciendo a un lado a los personajes —las identidades étnicas y etnolingüísticas— para en su lugar reducir el conjunto de variantes locales a diez funciones constantes (del tipo: “relación con un territorio históricamente asumido como propio”) que caracterizan a la comunidad indígena oaxaqueña.⁸ Este prototipo de comunidad supone un sujeto o personaje de identidad “indígena” abstracta; es importante señalar que esta categoría únicamente cobra sentido

⁷ “Intentando entonces partir de una visión panorámica se puede proponer que, más allá de sus cambiantes circunstancias históricas y contextuales, las relaciones interétnicas en un ámbito como Oaxaca pueden ser consideradas como relaciones sistémicas estructurales, en la medida en que se configuran como resultado de una prolongada interacción entre diferentes grupos étnicos” (Bartolomé, 2005b: 62).

⁸ Consciente de las discusiones que esta lista puede generar, el autor comenta: “Estas características podrían aumentar o disminuir de acuerdo con un

cuando entra en contraste con un sujeto-identidad del mismo nivel de abstracción: el “no indígena”.

Esta relación contrastiva y general es el común denominador, o eje relacional, sobre el cual se sostienen las sociedades regionales —recordemos que la región es un término de relación,—⁹ las cuales, aunque numerosas, no representan un problema estadístico como las comunidades; todo lo contrario, como la relación es el prototipo, las diferentes regiones dependen de contextos históricos específicos y sociales y, por lo tanto, reclaman la reincorporación de los personajes o sujetos étnicos así como del ejercicio etnográfico. Es en esta escala que la región pasa de noción a concepto.

Como podemos apreciar, en la construcción de los prototipos que dan forma a los dos primeros apartados, el autor echa a andar estrategias inversas: la primera, de escala local-comunal, se caracteriza por un ejercicio de reducción de variables a través de la supresión de identidades; la segunda, regional, parte de una relación interétnica constante y “vacía”, que reclama la reincorporación de las identidades étnicas regionales. Por ello, en lugar de abstraer constantes como hizo con la comunidad, en el segundo apartado Bartolomé pasa revista de varias configuraciones interétnicas según las distintas regiones ecológicas del estado.¹⁰

Una vez establecidos los prototipos y la escala de la relación, el tercer apartado tiene como meta describir y analizar la dialéctica histórica y contemporánea entre ellos.¹¹ Miguel Bartolomé hará hincapié en que los sistemas interétnicos regionales son realidades dinámicas y cambiantes cuya variación es resultado de los intereses y expectativas de los personajes o protagonistas (*cfr.* Bartolomé, 2005b: 81). El énfasis en la dialéctica entre el carácter constante del sistema y su variabilidad

interminable listado de casos concretos, pero quisiera destacar que, si bien las comunidades presentan características compartidas, también manifiestan diferencias sustanciales. Y es que la misma noción generalizante, y un tanto injusta de ‘comunidades indígenas’ nos puede hacer perder de vista el hecho de que cada una de ellas pertenece a un grupo etnocultural específico” (Bartolomé, 2005a: 66).

⁹ Si Miguel Bartolomé hubiera retomado la caracterización de Oaxaca como región, hubiera tenido que echar mano de prefijos de fracción como “sub-” o “micro-”.

¹⁰ El autor proporciona ejemplos para las siguientes regiones ecológicas: Valles Centrales, Mixteca, Costa, Istmo, Cañada, Sierra Norte, Sierra Sur y Mixe. Desafortunadamente no proporciona ninguna referencia sobre los criterios ecológicos usados para dicha subdivisión o sus fuentes.

¹¹ “[...] destacando el carácter instrumental de la discriminación entre distintos tipos de relaciones (económicas o políticas), puesto que las relaciones no se establecen linealmente por categorías específicas, [...] ya que se intersectan entre sí en cada contexto social y cultural específico y la articulación simbólica se manifiesta en todos los campos” (Bartolomé, 2005b: 80).



Paisaje de la Mixe baja. Oaxaca, 20 de diciembre de 2006. Autora de la foto: María del Carmen Castillo.

regional puede leerse como una crítica implícita al modelo de relaciones interétnicas indígenas desarrollado por Gonzalo Aguirre Beltrán, mejor conocido como regiones de refugio (1991[1967]).

A pesar de que no la menciona, la conceptualización de los sistemas interétnicos localizados —de escala regional¹²— evoca la estructura dominical desarrollada por Aguirre Beltrán, en donde un sector no indígena o ladino establecido en una metrópoli urbana o semiurbana (por lo general prestadora de servicios e intermediaria comercial y política con las es-

¹² Para entender la escala de los sistemas interétnicos locales o localizados es necesario contrastarlos con los sistemas interétnicos generalizados. En palabras de Miguel Bartolomé: “... en Oaxaca, al igual que en otros ámbitos indígenas campesinos, se registra tanto un sistema interétnico localizado donde predominan este tipo de relaciones definidas por la proximidad residencial como lo que hemos denominado sistemas interétnicos generalizados (Bartolomé y Barabas, 1977), donde la presencia externa se manifiesta más por

calas estatal y nacional) fuerza relaciones de subordinación y dominio con un conjunto de comunidades indígenas ubicadas en su *hinterland*. Tanto las regiones de refugio del antropólogo mexicano como los sistemas interétnicos locales de Miguel Bartolomé, describen procesos de articulación asimétricos y jerarquizados que tienen como resultado la consolidación de las fronteras interétnicas genéricas (indio-no indio), lo mismo que de la dinámica regional general (comunidades-metrópoli).¹² Más allá de esta escala —la propiamente regional en la tradición antropológica mexicana—, la región deja de ser un concepto para convertirse en noción.¹³

Como podemos ver, la dinámica indio-no indio, pero sobre todo su polo no indígena representado espacialmente por las metrópolis, cumplen un doble cometido en la construcción del ensayo. Por un lado, saca a la luz los contornos del sistema interétnico oaxaqueño (comunidad indígena-metrópoli no indígena), y por el otro, sirve de puente para desarrollar un tema crucial para el análisis de las relaciones interétnicas en la siguiente escala: los contextos urbanos. La asociación automática y unívoca de lo indígena con la comunidad campesina es insostenible; además de las ciudades indígenas, hoy en día es prácticamente imposible imaginar un contexto urbano oaxaqueño (e incluso nacional) sin la huella viva de los diferentes grupos etnoculturales. El cuarto apartado está dedicado precisamente a las relaciones interétnicas urbanas, las cuales, como veremos a continuación, exigieron una nueva estrategia metodológica.

Lo urbano cubre un amplio espectro que va de los pueblos urbanizados a la ciudad capital del estado, pasando por las ciudades o metrópolis regionales.¹⁴ Una vez más el problema escalar impone abordajes distintos. En la primera mitad del apartado Bartolomé analiza a la ciudad capital y su zona conurbada¹⁵ —en el “ámbito” oaxaqueño sólo existe una ciudad:

medio de la acción de instituciones y los medios de comunicación que por la convivencia” (Bartolomé, 2005b: 81).

¹² Es probable que la ausencia de Aguirre Beltrán y sus regiones de refugio responda al uso que la política indigenista hizo de ella, convirtiéndola en una herramienta de integración y aculturación.

¹³ Es importante reparar en esto porque un programa de investigación etnográfica de las regiones indígenas debe tener claridad sobre las escalas que evoca; si nos limitamos al uso conceptual de la región, es probable que el Programa de Etnografía de las Regiones Indígenas de México trate sobre todo de pueblos indígenas o grupos etnolingüísticos y no de regiones.

¹⁴ A diferencia de la comunidad que supone una enorme variabilidad en la misma escala, lo urbano, aunque reduce estadísticamente la diversidad, implica el cambio escalar. De ahí que no pueda procederse de manera análoga en ambos casos.

¹⁵ Ciudad Oaxaca y los municipios de Santa Cruz Xoxocotlán, Santa Lucía del Camino y San Antonio de la Cal.



Asistentes a la SEVILEM en Santa Margarita Huitepec. Oaxaca, 19 de diciembre de 2006. Autora María del Carmen Castillo.

Oaxaca—, mientras que la segunda mitad está dedicada a los 18 universos urbanos de escala regional y microrregional que nuestro autor califica de “pueblerinos”.¹⁶ La distinción entre la ciudad y los centros pueblerinos evidencia los problemas de clasificación a partir de grados de urbanidad, dificultad evidente en el tránsito de la escala regional a la estatal, pero inoportunidad cuando se pasa de la comunidad a la región.¹⁷

Para dar cuenta de las relaciones interétnicas en la gran urbe,¹⁸ nuestro autor toma los casos zapoteco, mixteco, mixe

¹⁶ Pochutla, Pinotepa Nacional, Huajuapán, Tlaxiaco, Nochixtlán, Juchitán, Putla, Teposcolula, Mitla, Tlacolula, Miahuatlán, Cuicatlán, Tuxtpec, Santiago Zacatepec, Jalapa de Díaz, Huautla, Juchitán y Matías Romero.

¹⁷ Detrás de estas dificultades conceptuales está la tentación de invocar continuos del tipo rural-urbano y campo-ciudad; opción que nuestro autor sin lugar a duda logra evitar.

¹⁸ Miguel Bartolomé advierte que Oaxaca no es una ciudad como cualquier otra en la República Mexicana, sino de una capital cuya configuración histórica ha permitido que las presencias étnicas que han migrado a ella no se descaractericen étnicamente, sino que mantengan fuertes lazos identitarios (Bartolomé, 2005b).

y triqui, que son los de mayor migración o visibilidad en la ciudad. Como la escala impone límites al estudio etnográfico clásico de lo indígena, Bartolomé reconoce y reconstruye diferentes comunidades-caso, pero ahora en el contexto urbano. Por ello, aunque afirma y señala las transformaciones propias de la mudanza espacial, el discurso tiende a destacar las continuidades entre la comunidad en la región y la comunidad en la ciudad (en la urbe el *hinterland* desaparece) a través de información monográfica por grupo étnico. La yuxtaposición de las dinámicas diferenciales de estos cuatro casos nos dará una idea de las relaciones interétnicas urbanas (el recurso al prototipo es impropio).

Cuando en la segunda mitad Bartolomé aborda el análisis de las 18 metrópolis pueblerinas, el retorno a la escala regional significa la presentación de la etnografía que sus colaboradoras llevaron a cabo en ellas.¹⁹ Temáticamente esta segunda mitad es el complemento del apartado segundo del ensayo. Si en aquél Miguel Bartolomé abstraigo la relaciones jerárquicas y asimétricas que padece la comunidad frente a la metrópoli privilegiando el punto de vista indígena, ahora nos describe cómo funcionan las relaciones de discriminación cuando los indígenas tienen como hogar a las metrópolis pueblerinas, mostrándonos los discursos de rechazo y discriminación que la población no indígena dirige al indígena urbano, pero aún regional.

En el quinto y último apartados, Miguel Bartolomé toma al ámbito oaxaqueño como pretexto de una reflexión antropológica general y, por lo tanto, pertinente al conjunto de los pueblos indígenas mexicanos. Vale la pena leer y contrastar este apartado con la introducción general que el autor hace al volumen *Visiones de la diversidad. Relaciones interétnicas e identidades indígenas en el México actual* (Bartolomé, 2005b).

Asimismo, para aquéllos interesados en comparar diferentes maneras de enfrentar la diversidad cultural de Oaxaca, la lectura y contraste de este ensayo con el redactado por Saúl Millán *et al.* (2005) (“Identidades vecinas. Relaciones interétnicas en el Istmo de Tehuantepec”) será de provecho. Entre la visión “panorámica” que nos regala Bartolomé, y la mirada monográfica de una región histórica desarrollada por Millán, *et al.* (2005), se juegan estrategias de uso y generación de fuentes, lo mismo que de formulación y adopción de marcos de análisis. Oaxaca, independientemente de su caracterización y límites, es un universo etnográfico en constante expansión que reclama la crítica y actualización sistemática de las miradas.

Referencias bibliográficas

- Aguirre Beltrán, G., (1991) *Obra antropológica. Regiones de refugio. El desarrollo de la comunidad y el proceso dominical en mestizoamérica*, T. IX. México, Universidad Veracruzana/INI/Gobierno del Estado de Veracruz/FCE.
- Barabas, A., (2004) “Introducción” en Barabas, M. et al., *Atlas etnográfico. Los pueblos indígenas de Oaxaca*. México, INAH/Secretaría de Asuntos Indígenas del Gobierno de Oaxaca/FCE.
- Bartolomé, M., (2005b) “La tierra de la diversidad: relaciones interétnicas y procesos identitarios en Oaxaca” en Bartolomé, M. (Ed.), *Visiones de la diversidad. Relaciones interétnicas e identidades indígenas en el México actual*, Vol. II. México, INAH.
- _____(2005a) “Introducción” en Bartolomé, M. (Ed.), *Visiones de la diversidad. Relaciones interétnicas e identidades indígenas en el México actual*. Vol. II, México, INAH.
- Millán, S., (2005) “Identidades vecinas. Relaciones interétnicas en el Istmo de Tehuantepec” en Bartolomé, M. (Ed.), *Visiones de la diversidad. Relaciones interétnicas e identidades indígenas en el México actual*, Vol. II. Pp. 141-170. México, INAH.
- Propp, V., (1999) *Morfología del cuento*. México, Editorial Colofón.
- Sperber, D., (1991) “Etnografía interpretativa y antropología teórica”, *Alteridades*, 1, pp. 111-128.
- Viqueira, C., (2001) *El enfoque regional en antropología*. México, Universidad Iberoamericana.

¹⁹ Debo señalar que los 18 centros semiurbanos fueron objeto, pero sobre todo marcan el límite, de la investigación etnográfica de primera mano que alimenta al ensayo. A ellos se abocaron las asistentes de investigación, mientras que el resto de la información proviene de diversas fuentes bibliográficas.

